

medió con el dicho socorro. Vino al Colegio, y al tomar la bendición al Prelado, le dixo: «¿No sabe su Caridad, ó no ha oído decir que los árboles tienen ojos? ¿Qué le pareció que no le habian de ver beber vino? ¿Así me trampea el precepto?» Quedó el Religioso confuso, pero refirió todas las circunstancias dichas, que hacen admirable el caso.

Uno de los mayores esmeros del Venerable Prelado, era atender á las necesidades corporales de sus Súdidos, proveyéndoles de todo lo necesario para la decencia de la vida religiosa, en que, sin exceder los límites de la santa pobreza, tuvieran socorrida qualquiera indigencia; y si los sanos lo experimentaban Padre en su socorro, los enfermos veían en él unas entrañas de amorosa Madre para su consuelo y alivio. A este fin hizo fabricar la Enfermería, y se puede inferir muy bien qual sería la conmiseración, asistencia y desvelo que tendría con los Religiosos enfermos, por la caridad que tuvo con un pobre desvalido. Andaba este por la Ciudad, arrastrado en un carretón, por estar todo llagado, y haciéndole conducir al Colegio, le abrigó en una Celda, y acompañado del V. Fr. Antonio de los Angeles, le limpió los gusanos, lavó las llagas, empleando en esto sus ojos, manos y lengua, y quantos ratos podia, eran recreación de su espíritu las asquerosas llagas de su enfermo, el que sanando de ellas, murió de otros accidentes, asistiéndole el Venerable Padre, y administrándole los Sacramentos, hasta la última agonía y oficios de sepultura.

Todo el porte de vida del Venerable Padre que hasta aquí se ha dicho, era en lo exterior, para la edificación y exemplo de sus Súbdi-

tos, pero en lo interior, para merecer las luces del Señor en su gobierno: además de los ejercicios de caridad con que les encomendaba á su Magestad para que les favoreciera con sus auxilios, añadía otros de mortificaciones muy penosas. Tenia en la Celda en dos clavos grandes, dos argollas en proporción, que se ponía en cruz asido de ellas quantas horas podia desocuparse de sus personales asistencias, y con tal disimulo, que parecia servian de colgar en ellas algunas cosas. Allí estaba en oracion profunda y meditacion tierna de su Amor crucificado, la que le era tan familiar, que hasta en los caminos se atravesaba el báculo por los hombros como que descansaba, y no era por su continuacion, sino un modo de mortificarse bien penoso. Llevaba de continuo un juboncillo de cerdas, que dándolo á remendar á una persona de su confianza, aseguró que hasta gastadas tenia ya las puntas.

Lo mismo sucedió con unas faldas, en que tenia sembradas unas rosetillas de fierro en forma de estrellas, que para andar, sentarse ó hincarse, le eran de duro tormento, y se hallaron tan desfiguradas, que no parecian lo que eran. La faja con que se ceñía la cintura, era ancha, de alambre con puntas, pero con el continuo uso, se le hallaron todas embotadas. Usaba de cosas insípidas para el gusto, y traía en la boca un palillo muy amargo que le tenia el paladar y la lengua en corrosivo tormento; y quando no podia excusarse de comer algunos manjares, por evitar la nota, con disimulo les ponía tanta sal, que les desazonaba del todo, y si podia, tomaba un pimiento acre y picante, que le hiciera perder el sabor de qualquier manjar, aunque fuese rega-

lado: con esta estratagemá satisfacía á la curiosidad ó al afecto de los que le convidaban y le era necesario atender, sin faltar á la mortificación que observaba, y así solia decir: «Es fuerza hacerse á todos, porque les parece á algunos que para ser Santos no se ha de comer. No está en comer, beber y dormir, sino en ser bellacos para mortificar el cuerpo, y alentar los flacos y tímidos de seguir la perfeccion. Muchas veces me ha hecho el Señor el beneficio de tomar una cosa dulce y de su naturaleza regalada, y gustar yo en ella un caliz de amargura, y de esto hace mucho el Señor con Fr. Antonio.» Enfasis es este, que equivale á muchas expresiones.

Lo mas notable es, que de sus rigores penitentes nunca dió otro argumento que el que involuntariamente le solia salir al rostro, pero siempre le disimulaba con la alegría y afabilidad de su genio, porque quería que su mortificación fuese aquella rosa cuyas espinas miran solo hácia dentro, dexando hácia fuera la fra-

grancia; pues de lo contrario, la mortificación se hace sospechosa y tiene poco de caridad: por eso, aunque zelaba como Pastor vigilantísimo el recogimiento de su rebaño, si tal vez reconocia alguno entristecido, no hallaba medio que no practicara para su consuelo; y si le consideraba oprimido de la mucha clausura del Colegio, le buscaba de propósito, y le encomendaba alguna diligencia para que le sirviera de desahogo. Así lo practicó con un Religioso Cocinero, que siendo de genio muy festivo, necesitaba tal vez de ese alivio, y llegando á la ventana de la Cocina, le dixo: «Hermano, vaya con su Compañero á buscar unos platos de li-mosna, que habrá necesidad por los muchos que quiebran los Coristas.» A este modo, sin faltar á los Estatutos del Colegio, daba este prudente Prelado á todos los que veía oprimidos, el permitido ensanche que era posible; de suerte, que la cruz que en su hombro era peso, para los demás era de alivio.

CAPÍTULO XII.

Como desempeñaba el P. Fr. Antonio, siendo Prelado, las funciones del ministerio apostólico.

Maxima autorizada en las Bulas Apostólicas es, que no descaecerá de su esplendor el loable ministerio de los Misioneros, con el cúmulo de todas las virtudes y exacto progreso de la oracion, perfeccion y solidéz de la estrechísima observancia de nuestra Regla; pues aunque para alcanzar y observar toda esa perfeccion religiosa, sea necesaria una abstraccion

total del siglo y del comercio con el Mundo, que es incompatible con los ministerios que les exige el Instituto; antes bien, si es Dios servido, por esos mismos ejercicios se manifestará cada día mas perfecto; porque siendo su único objeto el ganar con su industria almas para Dios, arrancar con su solicitud las adulterinas plantas, sembrar en la mies del Señor las virtudes, y ex-

»tirpar de raíz los vicios, para reducir al género humano á las sendas del conocimiento y salvacion, exerciendo el oficio de los Apóstoles, »cada dia se hará ver mas laudable »y mas perfecto el ministerio apostólico, por el exercicio de las virtudes, »de la oracion y observancia de la »Regla, que promueven el buen exemplo de las obras con que los Misioneros deben comprobar la doctrina para convertir á los pecadores á penitencia, y reducir á los Gentiles al gremio de la Iglesia.

Por tan calificados medios, fue siempre ese mismo nobilísimo objeto el del mayor esmero del P. Fr. Antonio, y por eso, si en el exercicio de las virtudes, oracion y perfeccion religiosa era admirado como exemplar de un Religioso perfecto, no lo fue menos para serlo de un zeloso Misionero. Es entre todos los ministerios el de primera necesidad el de la asistencia de los moribundos, pues en él se suelen lograr muchas almas, que en aquella agonía entran por la puerta de la sacramental Penitencia al Reyno de la Gloria; y este solo, era el que obligaba al Venerable Padre á salir del Coro y abandonar qualesquiera otro cuidado: y aunque por este zelo logró muchos lances que parecian irremediables, y por eso se refieren muchos casos como prodigiosos; pero por evitar la prolixidad, solo se individuarán los que por sus raras circunstancias son del todo extraordinarios. Una noche, sin ser llamado de alguno, le mandó al V. Fr. Antonio de los Angeles que le acompañara, y habiendo andado como una hora, llegaron á una choza pagiza, en donde estaba un hombre batallando con los últimos esfuerzos de la vida, y exhortándole el Venerable

Padre al dolor de sus culpas y confianza en la divina misericordia, le confesó ya casi en agonías; y volviéndose para el Colegio, fue necesario para llegar á él, caminar todo el dia, en que es de admirar el que sin superior aviso, no podia haber sabido las peligrosas congoxas del enfermo, y sin extraordinario auxilio, haber andado tantas leguas en una hora, como son las que se regulan en un dia entero de camino.

Estando en un Pueblo cercano á Querétaro, confesando, tuvo noticia de que en toda la comarca era público el escándalo que una persona, sin reparo de la alta dignidad que le caracterizaba, daba, ciega de un torpe vicio; y penetrado de dolor su corazon, se fue al propiciatorio divino, ofreciendo al Eterno Padre el santo sacrificio, en que se representa el que su Hijo hizo sangriento en la Cruz por la propiciacion de los pecados del Mundo, y lleno de los mas tiernos afectos, le pedia al Señor que en él adoraba, que se lograra tan inefable beneficio en aquella miserable alma: instaba en esta humilde súplica con tal fe y confianza, que mereció oír interiormente una voz que le decia: Ya es tuya esa alma: por esta palabra emprendió, luego que acabó la Misa, ir en su busca, y llegando á la casa, la halló cerrada, como lo estaban las puertas del corazon de aquella persona, que aunque el Padre ya habia entrado los zaguanes, ella firmemente resistia su visita; pero la caridad y la paciencia rompieron por fin las cerraduras, y entrando, halló al enfermo gravemente aquejado, y con una dulzura discreta, y oportuna prudencia, le fue aclarando las gangrenadas llagas de su conciencia, y aplicándoles el oleo de

la divina misericordia, y vino de una dolorosa penitencia; y así, consiguió por la sacramental, limpiar toda la corrupcion de sus culpas, y quitar desde luego la causa y ocasion de su ruina; y aunque no murió entonces, pero dentro de poco tiempo acabó la vida, resarciendo la ruina espiritual que habia causado con su mal exemplo, con una constante enmienda, que á todos les dió fundada esperanza de su salvacion eterna, queriendo Dios que su Siervo viera lograda la que empeñó á su zelo en el bien de aquella alma, con que viniera á decirle que estaba en carrera de salvacion; por lo que aplicando en su socorro muchos sufragios, volvió á darle las gracias, de que por sus oraciones habia alcanzado el perdon de sus penas, para ir á gozar de Dios en la Gloria.

Otra especie de moribundos son los Reos á quienes la Justicia, para cortarles la cadena de sus delitos, les encadena en prisiones, para darles cordel en el suplicio; y aunque el Venerable Padre siempre visitaba las Cárceles, empeñando su zelo en hacer confesar sacramentalmente á los que de ordinario lo repugnan por negar sus delitos; pero en sabiendo que algun Vandido estaba ya condenado á muerte, se daba por citado, y con dulce persuasiva le manifestaba el dolor que tenia de su pena, y con sus lágrimas ablandaba su corazon, le confesaba y alentaba, con la esperanza de que quando en la Justicia de la tierra tenia ya sin remedio perdida la vida, en la del Cielo se le franqueaba una vida eterna, solo con disponerse á merecerla con una Confesion verdadera, y ofreciendo sus penas y afrontas á la Magestad divina, para que unidas con las de nuestro Redentor Jesuchristo, le fueran aceptas en

perdon de sus culpas. Con este espíritu le preparaba para la sagrada Comunjon, y puesto de rodillas, daba con el Reo al Señor las mas humildes gracias por tan inefables beneficios. Toda esta zelosa eficacia fue necesaria para uno que habia rompido las prisiones y escalado la Cárcel estando ya sentenciado, el que cogido por el Juez, mandó executar la sentencia dentro de tres horas, en las que, sin perder instante, le movió á llorar sus culpas, de forma, que fue admiracion de todos la contricion y dolor que manifestó de ellas. Despues de estas dolorosas tragedias, hacia el Venerable Padre una Plática, llena de alientos á la justicia que Dios depositó en los Jueces para la vindicta pública, y de patéticas invecivas para el escarmiento de los que se entregan á los vicios, que les precipitan á tan atroces y perniciosos delitos.

Ardia en el corazon del evangélico Operario el fuego del amor de Dios y del Próximo tan vivo, que atizado en la fragua del Seminario, rompía en vigorosas llamas por las calles y plazas de Querétaro, capaces de encender todo el Mundo: con todo, hay amiantos que siempre resisten al Espíritu Santo, pretendiendo cortar las lenguas en que comunica su divino fuego; pero como al mismo tiempo son livianas estopas, las devora hasta su perdicion el mundano y lascivo. Lamentables son los estragos que en todo el Mundo hacen los incendios del juego, y por eso uno de los objetos que mas procuraba extinguir el Venerable Padre, eran las casas en que, jugando el dinero, se pierden el alma, el honor y el tiempo; y habiendo en la Ciudad una, entre otras, famosa, y que daba por sus escándalos, ruidosa materia á los cor-

rillos, la asaltó una tarde, poniéndose de pie firme en su puerta, y clamando sin cesar contra el fautor de tantos daños, amenazaba con castigos de la divina Justicia á los que á ellos concurrían: y aún se dixo, que queriendo entrar, el Coyme le cerró la puerta con descomedidas palabras, á lo que le respondió: que temiera la divina Justicia, y que Jesuchristo le cerrara las puertas de su misericordia, si no dexaba ocupacion tan perversa. A pocos dias despues, jugando el Coyme con otro amigo á la esgrima, recibió un bote con el botón de la espada negra en el lagrimal del ojo, que le arrojó de espaldas, y dando de cerebro, quedó privado de todos los sentidos; y aunque le preguntaban si quería confesarse, sólo articulaba algunas palabras del Padre nuestro, y á las quatro horas murió, sin dar muestra de dolor de sus pecados, y solo con los socorros que se le pudieron administrar en tan lastimoso caso; por lo que este y otros exemplares, les hacían temblar á los temerarios, viendo que las amenazas del Siervo de Dios, pasaban á ser prontas execuciones: confirmóse mas este concepto con el siguiente caso.

En un sitio de la Ciudad que llaman la Presa-chica, concurría multitud de gente, con el pretexto de diversion, que es el argumento ineluctable con que defienden aun los mayores desórdenes cierta especie de Críticos, que revestidos de estadistas, piensan dar magnificencia á la Ciudad con cohonestar los mas absurdos desarreglos, alucinando á los Superiores con la aparente razon de ser públicos, y callando los escándalos, que no deben ser permitidos. Habia en las veras del rio muchos frondosos árboles, y una casa á la vista de

las aguas; y como en ella se bañaban muchos mancebos, tan desnudos de ropa como de verguenza, era en los dias mas festivos innumerable el concurso, y execrables las indecencias, que no permite el rubor pronunciarlas, y mucho menos las que en los escondrijos de los árboles se practicaban con licenciosa libertad: por lo que, cónolido de los lamentables excesos que cada dia se suscitaban, ocurrió el Venerable Padre á impedirlos, y no obstante la nota del zelo indiscreto, y de la falta de respeto á la Real Justicia, que permite los entretenimientos públicos, con que los Patronos de la iniquidad palian sus ideas, enarbolado el Santo Christo, prorrumpió en estas imprecaciones: «Permite, Señor, que esta casa condenada donde eres ofendido, se vea undida. Esos árboles que hacen sombra á los pecadores, se sequen y marchiten; para escarmiento de los que con tanto desacato te ofenden.» Y rematando con un acto de Contricion, se retiró, traspasado de dolor, y derramando lágrimas. Era el agua el incentivo de aquella diversion viciosa, y fue tambien para destruirla, el instrumento de la divina Justicia, porque á pocos dias, y en el silencio de la noche, llegó tan impetuosa avenida, que arrancó los cimientos de la casa, destruyendo los balcones y paredes, y dexando en su lugar una hoya muy profunda; los árboles se secaron, y todo paró en nada, pues el dia de hoy no hay de todo ni aun una triste memoria.

El fin con que se inventó y cultivó la Poesía dramática, fue el de corregir los vicios y sujetar las pasiones, poniendo á la vista las desgracias que hacen infeliz la vida de los hombres; pero el odio con que nues-

tra corrupcion mira á los que censuran nuestras flaquezas, inspiró á los Poetas un modo de perseguirlas, valiéndose de los alhágos que caben en su arte, para suavizar las reprehensiones, y conservar puras las costumbres; pero degenerando esa suavidad en lisonja de los apetitos, se ha corrompido ese noble fin, siendo ya todas las Comedias profanas, destructivas de la inocencia, y contrarias á la piedad christiana; por lo que no solo las reprobaban ambos Derechos, sino que los Reyes Católicos han restringido la licencia de representarlas, á ciertas reglas y muy rígidas condiciones. Ninguna de ellas observan los Cómicos volantes; y así, son los estragos que causan en las buenas costumbres, como los obscenos escándalos con que arruinan los Lugares en donde entran, que sacándoles el dinero, les dexan inficionados de abominables vicios, y arraigadas las mas pésimas costumbres. Esta dolorosa experiencia obligó al Venerable Padre á empeñarse á que en la Ciudad no se estableciera una compañía de Farsantes que con ese fin se había introducido en ella; y para apartar al Pueblo de la seduccion, con que se alucina, viendo aplaudido como diversion tan escandaloso intento, salió una tarde con toda la Comunidad misionando, y al llegar á las puertas del pretendido y aceptado Coliseo, comenzó á fulminar rayos en vez de voces, y arrebatado de un impulso extraordinario, aseguró al auditorio que con aquella compañía de Farsantes, había entrado en la Ciudad una legion de Demonios; y como á ese tiempo se le inmutó el rostro, pareciendo sus mejillas unas encendidas asquas, y conminó á los Farsantes y á sus Protectores que no se obstina-

ran en su perversa idea, convidando á los Ejércitos del Cielo en la defensa de la causa de Dios y del bien de las almas, fue tal la conmocion del auditorio, que aterrado y confundido, se persuadieron muchos á que el Señor le había manifestado algun grave castigo que amenazaba á todos los que fomentaban y asistian á las Comedias; y así, se desbarataron los designios con que entraron los Farsantes, y las astucias con que les introduxeron los Demonios. Este mismo estilo ha observado siempre el Colegio, enviando Mision al parage de las Comedias; pero con la misma pension de murmuracion, desaires é injustas quejas con que han tirado á difamarle con los Superiores; pero podían ver los fautores y patronos de tan impia causa, que siendo ellos poderosos, y los Misioneros unos pobres, en todos sus recursos la mano de Dios los ha sostenido, y no ha permitido que sea infructuoso su zelo.

En otra ocasion predicaba el Venerable Padre en el Templo de nuestra Señora de Guadalupe Sermón del Príncipe de los Apóstoles, á que asistieron las sagradas Religiones y sus Prelados, el Cabildo de la Ciudad y personas de mayor distincion, é introduciendo al Eterno Padre, como soberano Maestro de San Pedro, que le instruía en los altísimos Misterios de la Trinidad y Encarnacion, fue elevando el discurso con tan nobles y delicados pensamientos, que tenía captada la atencion de aquel doctísimo y lucido auditorio, y con igual destreza fue deduciendo de ellos su meditado asunto, dirigiéndolo á las Cabezas de las Religiones, que tuvieron su origen de los mismos Apóstoles; y con aquel fervor discreto, que es la mas viva armonia del juicio, lo

fue promoviendo, para animar á los Superiores de ambas Potestades al mas exacto cumplimiento de sus respectivas obligaciones. Fueron tan sólidas las razones, expresivas las doctrinas, y copiosa la erudicion sagrada, que casi todos estaban como pendientes de sus labios; pero hay pasiones en el hombre, que aun siendo ciegos, arman sus ojos con Telescopios tan largos que, como los Astrónomos modernos, blasonan de descubrir manchas en el Sol; y así, no faltaron algunos que sintiesen mal de doctrina tan clara y peregrina, por inusitada; y como tal la delataron, tiznada con la nota y manchas de escandalosa, al Comisario del Santo Oficio. No quiso este proceder sin consulta, y para ella convocó una Junta de los Prelados y otros Sabios Maestros, en que se examinaran los fundamentos de la denuncia. Algunos sostuvieron que el Predicador debía ser denunciado, otros que corregido, para que ciñese su doctrina á mas limitados términos; pero uno de los Prelados, tomando en sí la armadura de su zelo, y el inexpugnable escudo de su virtud, dió tales razones, apoyadas en sagrados Cánones, autoridad y práctica de Santos Padres, que dexó plenamente satisfechas las que se habian producido con ardiente zelo en desdoro del Apostólico Orador; y por fin, protestó, que si no obstante todo lo que habia expuesto, habia alguno que juzgara se debía delatar al Supremo Tribunal el Sermón, él sería del mismo dictámen, con la condicion de que se habia de reconvenir primero al Predicador, de cuya docilísima índole y exemplar vida, no dudaba daría la razon de haber predicado con tal claridad; y aquí, llevado del amor á la verdad, dixo: pero temo que si algu-

no se pone en su presencia á hacerle este cargo, quede, como Ananias á los pies del Apóstol, muerto á los pies de este Varon verdaderamente apostólico: con lo que se resolvió el congreso, oyendo tal conminacion.

Lo cierto es que en tan respetable Junta no podia ser razon, aun para la variedad de los votos, el decir, que aunque el Venerable Padre tenia en sí la emulacion de Dios, no era segun ciencia, pues á mas de haber fundado en las mas profundas materias su apostólica doctrina, y captado la admiracion del auditorio, era notoria la instruccion que tenia, ó ya en la Escolastica, por haber dado en aquel tiempo relevantes pruebas, presidiendo como Guardian una Conferencia de Filosofia que dispuso el Lector *intra Claustra*, en la que arguyeron los RR. PP. Lectores del Convento Grande de N. P. S. Francisco, y asistieron el M. R. P. Provincial, Lector Jubilado, como tambien el R. P. Regente de Estudios; y todos quedaron admirados al oír las respuestas que despues de las del Padre Lector, daba el Padre Margil, prontas, adecuadas y conformes á la Escuela, pues tan escogidas doctrinas parecian extrañas en un hombre que venia de las montañas, y habia consumido mas de doce años entre las gentes mas bárbaras. Esta misma admiracion confesaban muchas personas doctas, que en varias ocasiones le oyeron disputar sobre puntos muy sutiles y teológicos, pues era muy contrario el concepto que habian antes formado.

En las Teologías Canónica, Moral y Mística era comun el aplauso, porque siendo incansable en el Confesonario, de muchas leguas solicitaban sus resoluciones y consejos en

los mas arduos negocios, y eran oidas como de un Oráculo sus respuestas. En la Expositiva era, en la estimacion de los hombres de mayor madurez y juicio, admirable la pericia é inteligencia que tenia de la sagrada Escritura, y maravillosa la afluencia de los textos con que probaba con solidez qualquiera asunto. Procuraba estudiar, escribir y ajustar sus Sermones á las leyes de la Oratoria evangélica, haciéndose en el estudio de los Santos Padres capaz de sus máximas; y aunque en ellos no solian verse aquellas mociones de lágrimas y exteriores lamentos que otros consiguen con extraordinarias invectivas y artificiosas industrias; pero salian sus palabras inflamadas, y con una oculta energia é invisible union, que, como dorada cadena, aprisionaban dulcemente los entendimientos y cautivaban las voluntades, quedando convencidos de sus discursos, tanto por la eficacia de las verdades eternas de las sagradas Escrituras, como por la fuerza de los documentos con que las ilustran los sagrados Intérpretes; y así, no eran los efectos de sus Sermones como los de un estampido, que si de repente causan algun susto, despues son la diversion de los corrillos; sino que la seriedad de sus reprehensiones inspiraba en los pecadores el aborrecimiento de los vicios y el amor á las virtudes, que mucho tiempo despues de sus Misiones se conservaban en los Pueblos.

No solo cumplia la Constitucion Apostólica con enviar Misioneros por todos los Poblados y Ciudades del Reyno, sino que estimulaba su zelo con su propio exemplo, y sin faltar á las obligaciones de Prelado, salia en las Quaresmas con otros Compañeros por los Obrages y Haciendas

del contorno, y con sencillez de palabras les explicaba la Doctrina Christiana, y confesaba á los Indios y rústicos con sus mismos dialectos. Tambien por ese mismo tiempo hizo Mision en la populosa Ciudad de Valladolid, y luego que resonó en ella la voz de este evangélico clarín, se vieron portentosos efectos, que parecian encarecimientos, quando en la realidad se veía al vulgo sacudir la ignorancia de las leyes del Christianismo, estampándose en el entendimiento mas tosco y en el corazon mas duro, el terror del supremo juicio, y llegando á tal punto la compuncion universal, que su mismo Pastor, Exmó. é Illmó. Señor Obispo, quiso desde su Cátedra hacerles cargo de los divinos auxilios que el Señor les enviaba por los Misioneros, con expresiones tan patéticas, que habló, mas que con las voces, con paternales lágrimas, y fueron tales los deseos de su pastoral solicitud, que tambien quiso que los Venerables y Señores Sacerdotes fueran renovados en sus apostólicos fervores, para lo que dió orden á su Provisor de que les convocase á todos en el Coro del Convento de N. P. S. Francisco, y que el Padre Margil les hiciese una Plática á ese intento. Concurrieron á ella su Venerable é Ilustre Cabildo Eclesiástico, y toda la Clerecia; y perorando en mas de una hora el Venerable Padre, lo hizo con tan eficaz persuasiva, erudicion sagrada y razones al intento, que todo aquel doctísimo congreso se llenó de nuevas luces y admirable asombro, por lo que al salir del Convento, dixo el Señor Arceadeano al Prelado de él: «Que iba dudando si Dios nuestro Señor les habia puesto en el Padre Margil algun Angel en carne para su enmienda, porque un puro

«hombre, le parecia que no podia llegar á tanto.»

Prolixidad sería, mas que Historia, querer reducir á cómputo las almas que esta Mision reduxo al gremio de la virtud y del desengaño, porque fueron muchos los que arrancaron de sus corazones envejecidas enemistades, los que restituyeron honras y bienes robados, los que rompieron las cadenas de antiguas y escandalosas correspondencias, los que destestaron juegos y embriagueces; pero se habrá de añadir una señalada conversion, que sirva de argumento para todas. Habia en la Cárcel de aquella Ciudad un famoso Vandido, que estando ya muy próximo á que le dieran garrote, se habia obstinado en no querer confesarse: avisaron de esto al Venerable Padre, y entrando solo á lo mas retirado de la Cárcel, se arrojó á los pies del Crucifijo, y al precio de muchos gemidos y lágrimas, por el espacio de una hora, consiguió del Señor para aquel endurecido corazon frutos dignos de penitencia, el que al punto prorrumpió en aquellos sentimientos que son música para el Cielo; y confesándose con mucho dolor de sus culpas, solo suplicaba que le ayudaran á pedir al Señor crucificado que tenia en sus manos, el perdon de sus pecados, en cuyos afectos de contricion permaneció hasta el último aliento, sin desampararle el Venerable Padre hasta el patíbulo y último suspiro.

A su regreso al Colegio hizo Mision en la Ciudad de Celaya, con maravillosas conversiones y sucesos que divulgaba la fama, teniendo por vaticinios hasta sus caritativos consejos, pero no sin el fundamento de algunos extraordinarios casos. Habian tenido dos casados una ruidosa dis-

cordia, y tímida la muger de una sangrienta resulta, se fue huyendo á la Iglesia, y se metió entre la gente que estaba esperando la vez para confesarse, y aunque estaba distante, la llamó el Venerable Padre, y sin oírle cosa alguna, le dixo: Vuélvete con tu marido que no te hará mal, porque ya se le quitó el enojo; y fue así, que desde entónces no volvió á insinuar las sospechas de sus zelos, y vivieron muy gustosos. Otra muger de buena fama, y que falleció con la de virtuosa, aseguró, que confesándose con el Venerable Padre, le preguntó si tenia alguna Imágen de Christo crucificado. Y diciéndole que sí, le replicó: «Pues cuélgala detras de la puerta, y quando salgas de casa mírate en ella, que ese es el verdadero espejo.» Quedó confusa, pues por vana curiosidad se miraba en un espejo que tenia al disimulo colgado detras de la puerta.

No fue ménos laboriosa la Mision que hizo en la Corte de México, porque llenando sus apostólicos clamores las calles, plazas é Iglesias, fue el fruto correspondiente al cultivo. Era fama pública las innumerables conversiones que se ponderaban con admirables circunstancias; pero ninguna puede individuarse, careciendo de las que exige una séria narrativa, aunque esto no las degrada de ciertas, porque sin negarlas el Siervo de Dios, las referia á su primera causa, diciendo: Ya hizo su Mision Jesuchristo. Sin Jesuchristo nada pudiera hacer el concurso activo de todos los Apóstoles; y radicado en la fe de este evangélico dogma, en el mismo fundaba aquella heroica confianza que brillaba en todas sus apostólicas empresas: por eso, sin dar en el escollo del rígido Scepticismo, ni en el de la

nimia credulidad, se omiten en este lugar varias visiones que se adoptaron en comprobacion de su ardiente zelo y sana doctrina; pues siendo la Historia la que hace conocer á los hombres por la exacta verdad de los sucesos, y estos los mas fieles intérpretes de la soberana Providencia, en los que empeñó al Venerable Padre como Misionero suyo, activo é ilustrado, manifestó tambien su iluminacion y gracia, dando á su divina palabra toda la eficacia con que excitaba en su ministerio á los pecadores á verdadera penitencia, y á los Justos al ejercicio de las virtudes y perfeccion christiana.

En estas fructuosas correrias llenó el Venerable Padre, no solo el

trienio, sino seis meses mas á que lo amplió, en uso de sus facultades, el Superior General, y el tiempo de su Guardiania; y celebrado el Capítulo, por estar en las Misiones de Infieles el nuevo Guardian, fue electo en Presidente in Capite del Seminario, y á la venida del Guardian, en Vicario de él, siendo estas repetidas elecciones, irrefragables pruebas del acierto de su Gobierno en quatro años, y de la aceptación comun, y agrado con que todos los Religiosos le querian por su Prelado; pero la divina Providencia le destinaba á otros empleos, intimándole el Superior General obediencia, para sin dilacion partir á Guatemala.

CAPÍTULO XIII.

Envia la obediencia al V. P. Fr. Antonio al Reyno de Guatemala: funda en él un Colegio de Misioneros, y elegido en su primer Guardian, promueve su apostólico ministerio.

GLoriosa época puede numerarse desde la nueva revolucion en que con perpetuo giro, del modo que los Planetas rodean con fogosa inquietud el Cielo, pasa el V. P. Fr. Antonio, de este Emisferio al del Reyno de Guatemala. Estaba aquella populosa Ciudad en una agitacion civil de turbulentas discordias entre su Real Audiencia y lo mas lucido de su Vecindario, que fomentadas por diversos partidos, parecian hostiles sediciones, y se paliaban con el zelo de los Reales intereses: y habiendo el Señor Presidente aplicado todos los medios mas prudentes para ajustar las paces, eran poderosos los partidarios, y le salie-

ron todos fallidos; por lo que en tan crítico estado, solo estimó oportuno el de interarse con el Exmó. Señor Virrey de México, para que por su interposicion y la del M. R. P. Comisario General, pasara á aquel Reyno el Venerable Padre Margil, en cuya prudencia y zelo fiaba la quietud pública, y el sosiego de tan odiosas altercaciones y pleytos. Lo que fue un irrefragable elogio de su Apostolado.

Emprendió el Venerable Padre tan dilatado como frágil camino, fiado en las dos alas del zelo y de la obediencia que lo impelian; y sin mas equipage que el que ya se ha dicho acostumbraba en sus apostóli-

cas peregrinaciones, continuó tambien la misma distribucion, volando por todos los Pueblos y cortijos, para ilustrarles con su doctrina, y confesar á quantos lo pedian, sin que estos fogosos influxos le retardaran en su carrera, pues fue de admirar la celebridad con que llegó á Guatemala, y no ménos la verdad del divino Oráculo, de que son especiosos los pies de los que evangelizan la paz y anuncian los bienes, porque se hacen desear, y se aprecian los de los Varones apostólicos, que con la gracia, suavidad y hermosura de sus palabras y de sus costumbres, merecen la aceptación de las gentes, y atraen al amor de Christo y verdad de su Evangelio á los hombres. Comenzó luego á predicar con tan copiosa solidez y vivaz elegancia, y con tanto fuego de caridad christiana, que desde el primer Sermon, apenas hubo corazon sin mudanza, y la obstinacion mas caprichosa se vió desatada en ternura; y así, en breve se reduxeron á dulce concordia todos los Bandos, con que ablandados los corazones, se establecieron las paces, y quedó el Reyno gozando las delicias de una paz christiana, y de los bienes de sus intereses particulares; y de los debidos al Soberano, quedaron ilesos los derechos.

Muy presto manifestó aquella Nobilísima Ciudad su agradecido afecto, porque presentando el Venerable Padre la Real Cédula, en que S. M. concedia que en ella se fundara un Colegio de Misioneros, fue admitida del Señor Presidente y de toda la Real Audiencia; y aunque hubo algunas diferencias sobre la eleccion del sitio en que se habia de establecer; pero al fin se escogió el de una casilla contigua á un potrero eriazo, en donde se fabricó una pequeña

Iglesia y estrecho Convento, hecho todo de paja, no sin el diseño que el Seráfico Patriarca seguia en sus fábricas, conforme á la arquitectura rústica de las cabañas, que hoy son alcázares sagrados, porque la soberana Providencia les destinaba á su mayor honra, y bien de las almas. Formalizada ya aquella Comunidad en todos los exercicios religiosos y propios del Instituto, se dexaba ver el Venerable Padre entre ellos el primero en todos, siendo en la estimacion comun distinguido, por haber sido tambien el primer Misionero que conocieron y siempre veneraron; por lo que habiendo ya competente número de sufragios para la eleccion canónica del primer Guardian del nuevo Colegio, se celebró su Capítulo, en que salió electo y fue confirmado el V. P. Fr. Antonio, quien, como humilde verdadero, cargó con la cruz que le imponia su mismo dueño, confiado solo, como él lo expresó, en que le parecia «que nuestro Señor Jesu-
» christo queria ser el Guardian, pues
» le habian metido en la danza; por-
» que la nada, nada era y nada podia;
» y así, que lo fuera quien todo lo
» puede.»

Animado de este espíritu, solo anhelaba á imitar á Christo crucificado; y para estimular á todos al mismo afecto, le hizo Titular del nuevo Colegio; y lo vió cumplido, pues exáltado en él, atraxo á sí todas las cosas, y con suavidad y eficacia prodigiosa, se incorporaron en el Colegio Religiosos de aquella Santa Provincia, eminentes en letras y virtudes, que florecieron con mucho lustre y honor del Seminario: frecuentaban en él los Santos Sacramentos innumerables almas, que transformaron á Guatemala en una espiritual floresta:

de muchas leguas de distancia venian los penitentes á buscar el remedio de sus almas y desahogo de sus conciencias: las que por impedidas por su voluntaria y religiosa clausura no podian venir en persona, las visitaba el Venerable Padre, y con su mudo exemplo y eloquentes pláticas, las hacia reflorcer en virtudes, y arrancando en el Confesonario algunas malezas, eran los Conventos de Religiosas encantados Jardines, en que ostentaban su propia hermosura las flores: hasta para lo material de la fábrica se venian gratuitas y abundantes limosnas, y muriendo en su tiempo el Síndico apostólico Don Juan Langarica, dexó en testamento todo su caudal para la Iglesia y Colegio; y aun parece que su crucificado Dueño quiso desempeñar la confianza de su Siervo, acreditando su Omnipotencia en algunos casos raros, de los que se apuntarán aquí uno ú otro, reservando para sus propios lugares los demas, y omitiendo muchos, por ser de una misma especie todos.

En una ocasion faltó la cal para la obra, y no habiendo enviado á llamar á los Indios caleros, al otro dia entraron con las reguas cargadas con la cal necesaria; y preguntándoles ¿quien les habia avisado? dixeron, que el P. Fr. Antonio el dia antes se les habia entrado dándoles voces, para que traxeran cal para la obra, y como á todos les constaba que no habia salido del Colegio el antecedente dia, les fue de singular admiracion: pero si este caso fue por dispensacion de la divina Providencia, en cosa al parecer no necesaria, de mayor veneracion debe ser, quando se ve repetida en otros muchos en que mediaban el servicio de Dios y el bien de las almas. Estos objetos de

su fervoroso zelo, le hacian oír de confesion á todas horas que llegaban á sus pies las almas heridas, en las plazas, en las calles y en los Templos, con las ardientes saetas que les flechaba en sus exhortaciones, y con que las rendian sus amenazas; por lo que no perdia ocasion, ni le impedia obstáculo alguno para predicar de dia y de noche á Christo crucificado. Solia la noche de la Natividad del Señor estar predicando en la plaza de Guatemala tres horas continuas, para impedir los escandalosos desórdenes que en ellas se cometen con pretexto de alegría, quando es mas gentílica que christiana, y á las once se retiraba á su Colegio á cantar los Maytines; pero una se vió predicando en las gradas de la Catedral hasta dicha hora, y al otro dia se averiguó que á las quatro de la mañana estaba predicando en el Pueblo de Escuinta, distante diez leguas, por evitar las culpas que en él se cometian. Igual novedad causó el oír á un Correo, que declaró, que pasando él á la posta por el Pueblo de Petapa, vió al Venerable Padre predicando en la plaza, y sin haber él interrumpido su camino, quando llegó á Guatemala, no obstante que dista de dicho Pueblo siete leguas, halló al Venerable Padre en una casa de la Ciudad confesando á un enfermo. Era la admiracion comun, viéndole asistir á tantos ministerios, y en tan distantes sitios; y así, se persuadian ser milagrosas las fuerzas que cargaban tanto peso, y que se multiplicaban sus presencias para el socorro de tantas almas.

De predicacion tan continua, era necesario que la critica de los zoylos, ó la murmuracion de los maliciosos, sacaran mucha materia con

que cebar sus varias intenciones: pero en dictamen de los mas doctos y pios Oradores, eran venerados y aplaudidos sus discursos, juzgándolos no pocos, como don del Cielo, por la admirable inteligencia de la sagrada Escritura que en ellos relucia, deduciendo siempre los asuntos del tema de San Pablo: *Nos autem predicamus Christum crucifixum*, no solo en los Sermones morales, sino tambien en todos los panegíricos; pero con tal agudeza y solidez, y con pruebas tan claras, que en cada uno de ellos les daba nuevos motivos para confirmarse en su juicio. En uno de los Sermones de la Dedicacion de la Iglesia de N. S. P. San Francisco, habia prevenido todo el debido estudio que pedia tan alto empeño; pero le salió infructuoso, porque, como él mismo declaró, segun el testimonio del Sermon de sus Honras: «Envió mi Amo, dixoxo, dos Coros de Angeles que me llevasen del Colegio, y N. P. San Francisco que me iba guiando: habiendo subido al Púlpito, me hallé sin un discurso de Fr. Antonio, y predicó mi Amo á su gusto, y como suele, y Fr. Antonio no sirvió mas que de Sastre, que con sus tixeritas les fue cortando la vanidad á todos. Una ocasion le encomendó una Prelada de Religiosas un Sermon para su Iglesia, pero debió de temer el oír en él la espantosa trompeta del Juicio, ó la última tremenda sentencia, pues el Venerable Padre le respondió: «No te dé cuidado, Hija, que aunque Fr. Antonio quiera predicar, no le dexa su Amo, porque les predica en Fr. Antonio.» En este concepto, siempre que iba al Púlpito se postraba ante la Magestad divina, y con la humilde sencillez de Samuel, le decia: Habla, Señor, que tu Siervo te oye,

en cuya instancia se le daban las palabras que habia de hablar, y el Espíritu Santo hablaba en él.

Con el motivo de la eleccion de Alcaldes Ordinarios de la Ciudad, se le encargó el Sermon de Gracias, y habiéndole trabajado con el debido esmero, presentándose en el Púlpito, le faltó en la memoria quanto habia estudiado, y le fue preciso confesarlo; pero pidiendo al Señor brevemente que desatara su lengua, habló con tal facundia, elegantes voces y vivos afeitos, que sus conceptos llenaron á todos de un reverencial asombro. Respondia á los Capitulares no parecer bien acordada la eleccion en hombres tan mozos, pues por Isaias amenazaba Dios á Jersalen que les quitaria para Jueces á los hombres provechos, y les daria unos Jóvenes por Príncipes, y unos afeminados que la dominaran: todos oían suspensos el discurso; pero era enfático, porque del mismo, y salvando los motivos del castigo, traxo de la sagrada Historia ilustrados exemplares de Jueces muy jóvenes é integérrimos, que suscitó el Señor para libertar á su Pueblo. Joseph, Daniél, Sanson y otros, en que excedieron á la edad, su prudencia y su justicia, fueron los que templaron el aparente rubor que los nuevos Alcaldes podian haber padecido, y los que les propuso, con razones morales y políticas, para persuadir el acierto de la eleccion, como en personas hábiles y expeditas para el servicio del Rey Supremo en los empeños de un zelo christiano, y de un trabajo personal y continuo; y fueron tan eficaces, que teniendo los nuevos Alcaldes individual noticia de los escándalos que ocasionaban algunas mugeres públicas, desde allí mismo se compactaron en no ir á comer á sus casas sin de-

xarlas depositadas en el público recogimiento para tales personas destinadas, desde donde les fueron proporcionando el estado y modo de una subsistencia honrada. Tan cierto es que la política christiana no tiene sus aciertos vinculados á los años.

Esas soberanas luces con que el Señor ilustraba el corazon de su Siervo, y daba eficacia á sus palabras para conmovier y atraer los de sus oyentes, las quiso su Magestad manifestar en varios sucesos que exceden los términos naturales; así fue, que predicando en la Catedral, despues de representar al auditorio la fragilidad de la vida, y la incertidumbre de la muerte, dixo: que el dia siguiente no le podrian oír todos los que estaban allí presentes, porque una persona del auditorio habria ya pasado de este al otro Mundo, y dado estrecha cuenta de su vida al Juez Supremo. Todos oyeron el anuncio con temor, y cada uno con el susto de si se verificaria en sí mismo; pero acabado el Sermon se vió cumplido en una muger que en un tránsito de la Iglesia cayó muerta, sin tener tiempo ni aun para confesarse.

De tales sucesos, resultaban famosas y admirables conversiones, que encendian en mortal rabia al enemigo comun de las almas; y obstinado en su soberbia, le fraguó al Venerable Padre una estratagema, tan astuta como peligrosa. Habia en la Ciudad cierto Caballero de calidad y prendas, que deslucia con pública nota, por la correspondencia larga y lasciva que tenia con una Señora de iguales circunstancias; y procurando el zeloso Ministro de Dios reducir á penitencia verdadera estas miserables almas, obró la gracia en el hombre toda su eficacia, reducido á hacer una

confesion general de todas sus culpas, que produjo en su corazon el christiano propósito de no volver mas á ellas, y quitar todas sus ocasiones, para lo que se sentenció él mismo á un perpetuo destierro, pasándose á vivir en otros Países lejanos del peligro. La muger, traspasada de dolor por su ausencia, revolvía en su imaginacion muchos arbitrios para tomar del Venerable Padre una sangrienta venganza; y sugerida del Demonio, determinó trazarla de modo, que en ella perdiera no solo la vida de la divina gracia, sino tambien la honra y estimacion que todo el Mundo tenia de sus virtudes religiosas: para esto buscó ocasion oportuna, y sin pudor ni respeto alguno, le comenzó á provocar é incitarle á sus torpezas, con una solicitacion manifiesta. Fiaba ella en que con la espada de su lengua y arneses de su profanidad, habia conseguido el triunfo de avasallar á un hombre olvidado de las obligaciones de Christiano y de Caballero, y no le pareció imposible vencer á otro, aunque le veneraban por Santo. Era la muger hermosa, ataviada y sus voces de Sirena, que encantaban las almas; pero ciega, para ver que su intentado asalto era alevoso, y con armas muy desiguales: por eso al oír el Siervo de Dios su insolente arrojó, sacó de su boca una espada de dos filos, con que la hirió, penetrando su vivacidad y eficacia toda su alma, porque con la divina palabra la hizo conocer su temeraria osadia, y rendirse á sus pies humillada y contrita; y franqueándole el remedio de sus culpas, hizo con él mismo una confesion dolorosa de todas ellas, y desde allí comenzó una verdadera penitencia, en la que perseveró constante hasta lograr una

christiana muerte.

No fue ménos admirada en todas sus circunstancias la conversion de otra muger de relevante estofa. Habia años que estaba enlazada en torpe correspondencia con un Caballero, de quien tenia dos hijos, y recibia, no solo la subsistencia de la casa, sino la profusion de su luxo: por felicidad suya oyó un Sermon del Venerable Padre, y en él prolixiamente dibuxado todo el interior estado de su alma; y mirando entre las obscuras sombras del engaño, los borrones de su ofuscada conciencia, solo veía con claridad la perdicion eterna. Al golpe de tanta luz abrió los ojos, y arrepentida, solicitó al Venerable Padre, con quien hizo una confesion general, con propósitos tan eficaces de su enmienda, que desde luego se vistió el hábito de penitencia, y enteramente descalza, andaba por la Ciudad sirviendo en los mas viles oficios, así para satisfacer al escándalo de sus pasados excesos en una humildad honesta, como para ganar con su sudor los alimentos necesarios para la vida, la que acabó con edificacion pública y firme perseverancia.

Eran las luces que el Señor comunicaba á su Siervo para el conocimiento de los interiores, no solo para atraer al amor de su crucificado Dueño los corazones de los mas obstinados pecadores, sino tambien para consolar los de los Justos, y alentárlas en el zelo del divino servicio. Así lo aseguró un docto Jesuita, declarando que en tres distintas ocasiones le habia hablado á su alma, sin preceder informe ni otra alguna noticia, ya en orden al interior de su espíritu, ya en satisfacion de las dudas que le afligian en el cumplimiento de su

ministerio. Lo mismo declaró una Religiosa que murió con opinion de Santa, y habia sido varias veces Abadesa del Convento de Santa Clara, diciendo: que muchas veces le descubrió lo que ella tenia reservado en su pecho, desahogando por este medio los dos amantes del amor santo, sus mas íntimos é inflamados afectos.

De mas nobles calidades dotó la alma de su Siervo el Padre de las luces, para penetrar las mas íntimas intenciones de los hombres: por eso siempre se admiraban sus producciones, como nacidas de un generoso candor y sencillo trato, pero animadas de la caridad mas fina y de la mas refinada prudencia. En una entrada ó concurso de muchos hombres, que con afecto de devocion, iban los Domingos á hacer faena en el trabajo de la fábrica del nuevo Colegio, habian puesto sus capas y sombreros sobre unos palos, y quando acabaron el trabajo y fueron á tomarlas, se echaron menos algunas de ellas, porque viéndose un hombre solo, y sin testigo alguno, habia escogido las mejores, que tenia ya bien escondidas para llevárselas; pero el Venerable Padre consoló á los robados, diciéndoles que no se perderian; y llegándose con disimulo al ladron, le dixo: Vamos, me ayudará á traer las capas de estos pobres Hermanos; y caminando hácia el lugar donde estaban guardadas, se vió el agresor obligado á restituírselas por su mano á sus dueños, resultando de todo tan buen efecto, que en lo de adelante, aunque fuera mucha la confusion de la gente que acudia al trabajo, no volvió á perderse otra cosa de cuidado.

Salía una niña de su casa, por mandado de su Madre, á busear en la vecindad unos azahares, y encon-

tró con el Venerable Padre, que sacando de la manga del hábito un puñado de ellos muy hermosos, le dixo: Hija, aquí están los azahares, vuélvete á tu casa. Fue de mucha admiracion para Hija y Madre tan extraño suceso, que en lo natural, tan imposible era saber el Padre á lo que la niña iba, como el tener azahares en la manga; y no pudiendo saber ni el modo ni el fin con que lo ordenó la divina Providencia, solo sacó la Madre el aviso de no volver á enviar á la niña, que era como de doce años, á la calle y sola.

Á tan singular prerrogativa, le puso el Señor como adexó, no solo el privilegio de conquistar hácia sí todos los respetos y cariños, aun de los corazones mas duros, pues todos, con solo dexarse ver, le amaban y seguian, venerándole como á Santo, sino tambien el que fue carácter del feliz estado de la inocencia, dándole los brutos veneracion en el modo que podian. Un dia le avisaron que habian llegado como diez carretas cargadas de piedra, que traian de limos-

na para la fábrica unos Indios; y como acostumbraba llevarles á la Iglesia, en donde les hacia una breve plática y cantaba el Alabado, les salió á recibir en la Portería, acompañado de algunos Religiosos, y de otros Caballeros de la mayor distincion; y quando los Indios se hincaron á besarle la mano, al mismo tiempo se arrodillaron tambien todos los Bueyes que conducian las carretas, y estuvieron postrados el tiempo en que el Venerable Padre advirtió el pasmo en que estaban todos las circunstancias, pues al punto se fue para ellos, y dándoles con el manto en las cabezas, dixo á los que lo veían: «Pobrecitos animales, se echaron de cansados, por haber caminado toda la noche.» Así los fue levantando, queriendo dar á entender á los circunstantes, que era en ellos cansancio, lo que todos admiraban como respeto: pero quando los verdaderos humildes no fueron discretos para eludir su propio mérito y los agenos aplausos?

CAPITULO XIV.

Sale el Venerable Padre á misionar entre Fieles, y varios sucesos de sus apostólicas Misiones.

Luego que el Venerable Padre vió aquella Comunidad decorada de Sugetos provechosos, sabios y de probada virtud, fervorosos en todos los actos de Comunidad y ministerios del Instituto, siguió el exemplo de su primer Fundador, que siendo electo Guardian del Seminario de la Santa Cruz, y arreglada la Comunidad en todos los ejercicios religiosos, se dedicó con

K 2